



## ***Fundación Praxis Freudiana***

### ECOS DEL SUPERYO EN LA NEUROSIS OBSESIVA

Lic Rubín Sara

“Lo único que nunca traté es el superyo...” ( 1 ) Formulación enigmática de Lacan en el Seminario XVIII , que nos conduce a interrogar nuestra práctica en lo que concierne precisamente a los avatares de su particular “tratamiento”.

Considerado por Freud, en su relación a la pulsión de muerte, como una poderosa resistencia en la cura, sus impasses han sido situados en sus efectos clínicos. Sin embargo, no parece sencillo el camino de su abordaje.

“...Los poderes de arriba se someten a la ley de la palabra...los poderes de abajo resuenan en la invocación de la palabra...” ( 2 ) nos dice esta deliciosa referencia de Función y Campo. Es Freud quien ha demostrado la extrema intimidad entre ambos poderes al señalar al superyo como el heredero del Ello: de lo más elevado a lo más bajo hay un solo paso.

Lacan toma la posta de este recorrido. Su obra incluso parece refutar su propia afirmación del Seminario XVIII. Encontramos una serie de conceptualizaciones que abarcan los tres registros, algunas de las cuales conviene precisar: una figura obscena y feroz, una condena sin chance simbólica, una voz imperativa anudada a la pulsión, el correlato de la castración. En suma, se trata de una exhortación a un goce excluido de lo simbólico, marcado por su absoluta imposibilidad. ¿Cómo entonces atrapar aquello que, utilizando una alegoría freudiana, es del orden inasible de una sombra que vocifera desde lo real?

Nuestra hipótesis en la clínica es que al diablo se lo atrapa por la cola del significante.

Deberíamos particularizar para ello, la singularidad con que se presenta la demanda superyoica en nuestra práctica. Sabemos por ejemplo que en el funcionamiento del superyo nos encontramos con una articulación privilegiada entre el registro del significante y la pulsión invocante. Sin embargo, esta definición resulta insuficiente para entender cómo se manifiesta la presión de la pulsión bajo el imperio del superyo, lo cual no es exactamente lo mismo.

Es en la neurosis obsesiva donde encontramos un paradigmático ejemplo de los ecos del fundamentalismo superyoico en la estructuración misma de la neurosis. Freud nos dice que el obsesivo tiene miedo de su superyo. La posición del analista es doblemente delicada.

Una de las dificultades reside en la fortaleza que erige el narcisismo del obsesivo. Es entonces el analista el condenado a cadena perpetua en el palco, en la contemplación de sus hazañas.

La otra responde a las leyes generales de la estrategia neurótica, marcadamente acentuada en la obsesión. El obsesivo sostiene firmemente su creencia en el goce del Otro, uno de los nombres del superyo. Se produce un descentramiento por el cual una demanda absoluta



## ***Fundación Praxis Freudiana***

podría materializarse a través del Otro que no sólo pide, sino que esencialmente goza con la castración del sujeto. Por lo tanto hay un estrecho margen de maniobra para que el analista ocupe el lugar que conviene en el discurso y no pase a encarnar, con las mejores intenciones, al Otro de la castración, que si bien no existe, podría vehiculizarse perfectamente mediante una interpretación.

De hecho, la situación analítica se presta a confusión. Hay una demanda a decir, a decir más. Todo el esfuerzo de Lacan, en sus diferentes formulaciones respecto de la interpretación como alusión, enigma, cita o equívoco, es precisamente un esfuerzo por escapar a la estructura de demanda que toda palabra conlleva, o al menos subvertirla.

Voy ahora a presentar una pequeña secuencia del transcurso de un análisis.

Se trata de J., un joven analizante que padece de una serie de dudas e inseguridades que se concentran alrededor de su trabajo, siempre a tiro de la posible presentificación del Capitán Cruel en alguno de sus jefes. De su discurso, rescatamos una expresión que considero muy atinada: “el filtro maligno”. Ha interrumpido una carrera universitaria por demás exitosa, efectivamente debido a una materia filtro. Alega que ha sido acusado injustamente de copiarse en un examen. Esto se le hace insoportable y se bate en retirada.

“*Arbeit macht frei!*” “El trabajo libera!” Exclama socarronamente al citar al pie de la letra una inscripción nazi que encuentra camino a su oficina. Es él mismo quien nos ofrece un juego de palabras para confirmar su tesis - “El trabajo te deja frito!” - sirviéndose del equívoco del alemán “*frei*” (libera) y el “*fried*”(frito) de la lengua inglesa de la cual se manifiesta amplio conocedor.

Como contrapartida lo acecha una oscura tentación: la de realizar algún acto que lo ponga en evidencia o al menos, en el filo de la sospecha en la empresa en que se desempeña. Es así que es pescado con las manos en la masa consultando por casualidad unos archivos a los que supuestamente no debía acceder. Podrían amonestarlo o incluso despedirlo... El “filtro maligno” deja pasar el incidente pero su tormento se agiganta. Pasa algunas noches insomne, hundido en sus cavilaciones. ¿Se habrá equivocado en alguna cuenta o en algún dato de importancia?

El “filtro maligno” que no es otro que el que habita sus obsesiones, también invade la transferencia. Los abruptos silencios en su discurso, el excesivo cuidado con el que elige algunas frases, el clima angustiante de algunas sesiones, delatan el lugar que la analista amenaza encarnar. Al cabo de una sesión en la que vuelve una y otra vez sobre su drama laboral, lo despido diciéndole: “Usted está preso de sus pensamientos”, lo cual es algo absolutamente obvio aunque quizás no lo sea tanto para él.



## ***Fundación Praxis Freudiana***

Sesiones posteriores relata un episodio secreto de lo que denomina “su locura”. Desde niño es asaltado por una frase que se le impone: “Quemá el papel!”. Dichas palabras adquieren tal fuerza, lo dejan tan perplejo que algunas veces duda si se trataba de una voz o de un pensamiento. Su emergencia está referida a un recuerdo borroso y anodino de unos sobres de papel que debía ordenar. Subrayo el equívoco a través de una interpretación: “Qué mal papel!”.

“En realidad”, agrega: “creo que en uno de esos sobres estaba escrito el nombre de mi padre”.

Hasta aquí la secuencia que se continúa con una revisión nunca antes admitida por este sujeto de algunos hechos oscuros que involucraron al padre en los años de su infancia, implicándolo en una acusación de estafa siempre acallada y nunca lo suficientemente esclarecida.

La neurosis obsesiva es de nuestro interés porque revela probablemente mejor que otras estructuras, la función del superyo en la articulación del síntoma bajo la forma del autorreproche y la compulsión a pensar. La idea obsesiva constituye un recurso ante la amenaza que representa para el sujeto la manifestación de la falta en el Otro. En ese hueco acecha la emergencia de un goce insoportable. Para J. es un recurso que lo mantiene al filo de una sospecha que, de ser confirmada, pondría al desnudo la falta paterna de la cual él se hace garante. El pecado del padre que no es sino el de su goce, retorna en el síntoma del hijo bajo la forma de un enunciado discordante: “Quemá el papel!”

El superyo no es un sistema de prohibiciones sino un empuje al crimen. Miller señala que si el Nombre del Padre es una ley coordinada al deseo, el superyo es una ley coordinada al goce, su envés. La metáfora paterna no hace más que operar la represión de ese significante primordial condenado por siempre al retorno.

El síntoma obsesivo posee una doble faz. Es la expresión de la represión y a la vez una conminación a la satisfacción. En la tentación de nuestro analizante confluyen el Edipo y la pulsión. Constituye una inteligente argucia que le permite una negociación con el Otro. Si la orden es: “Quemá el papel!”, J. se las ingenia para hurguetear en el archivo de sueldos. Al igual que Lady Macbeth, no consigue borrar las huellas. Es el acusado de un crimen sin poder dilucidar el nombre del criminal. Y la compulsión se repite una y otra vez en la proximidad del más allá del principio del placer.

Podemos inferir cómo se encarna la figura del Otro para este sujeto. El Otro, tal como aparece en el grafiti nazi, es siempre mensajero de la muerte. J. tiene a mano su tesis para responder al “¿Qué me quiere ?” Quiere su renuncia o, aún peor, tal vez su destrucción. Renuncia a una carrera que reconoce le interesa, amenaza de renuncia siempre suspendida en



## ***Fundación Praxis Freudiana***

su trabajo, y en otros aspectos de su vida. Cuando el Otro hace la vista gorda, la angustia lo desborda. El Otro es caprichoso. No se sabe qué objeto desea se le ofrezca en sacrificio para a toda costa mantener su consistencia.

En la orden superyoica se verifica la articulación entre el significante y la pulsión invocante. A diferencia del psicótico, el Nombre del Padre garantiza que la voz, soporte del órgano de la palabra, esté velada y no aparezca en lo real. Sin embargo, el analizante insiste en la realidad de estas palabras, que no es otra que la del empuje, del *Zwang*, que caracteriza a lo reprimido en su retorno. No se trata de un fenómeno elemental pero tiene el valor absurdo y sorprendente de un  $S_1$  que irrumpe en el pensamiento para el cual no hay  $S_2$  que responda.

Hemos aproximado algunas pruebas de los ecos del superyo en este sujeto. ¿Qué hay entonces de la resonancia de la interpretación?

El obsesivo está sujeto al agotador esfuerzo de recubrir la hiancia abierta en el significante por un pensamiento, mecanismo que conocemos con el nombre de racionalización. Estamos por lo tanto advertidos de no interpretar el contenido de la obsesión por una doble razón: en primer lugar, la interpretación no haría más que reduplicar el procedimiento de la neurosis al recubrir un pensamiento con otro. Nada nos asegura que el que aporta el analista sea el más feliz.

En segundo lugar, vemos que la obsesión acoge el *Zwang* de la pulsión que se satisface en el acto mismo de pensar. Por consiguiente, la interpretación corre el riesgo de exacerbar aún más el empuje a la sobrecarga del pensamiento. La indicación de Lacan al respecto es la de intervenir por medio del corte en la cadena asociativa, impidiendo el mecanismo de duda y anulación que caracteriza a la obsesión. Escansión que, por otra parte, no es siempre bien tolerada por el analizante.

En el caso que nos ocupa, contamos con el equívoco homofónico. “Al final de cuentas no tenemos más que eso como arma contra el síntoma, el equívoco... pues es únicamente por el equívoco que la interpretación opera.” ( 4 ) Esta contundente afirmación ¿es también válida para la neurosis obsesiva? Vemos que el analizante se las arregla muy bien para jugar con las palabras, inclusive en varios idiomas. ¿En qué se diferencia el equívoco que el propio analizante fabrica del que introduce la analista al efectuar una escansión del discurso?

“El trabajo te deja frito” juega como todo equívoco con el desdoblamiento de sentido de la lengua. Es un  $S_2$  que confirma la significación fija que J. ya posee. Hace resonar siempre la misma canción. El humor negro es una coartada nada desechable en la partida con el superyo. Siguiendo con el juego “*frei*” también alude a satisfacción. “El trabajo da satisfacción”.



## ***Fundación Praxis Freudiana***

“Qué mal papel!” es un enunciado que consideramos en cambio en la vertiente del  $S_1$ . Produce una vacilación de la significación. Al subvertir el imperativo, circunscribe un enigma. No se sabe a quién alude el texto. ¿Es al sujeto? ¿Tal vez al Otro? Permite el deslizamiento hacia nuevas cadenas asociativas que pone en jaque una vía censurada de la historia de este analizante. Y fundamentalmente, la materialidad del significante opera sobre el aspecto compulsivo con el que se presentaba esa orden insensata.

Los ecos del superyo constituyen la expresión de aquello que este analizante revela en su síntoma: el Nombre del Padre es un mal papel. Es, después de todo, un buen papel en tanto ofrece la solución de la neurosis. Sin embargo, no es desde este lugar que el analista basa su operación. Insensato significa sin sentido pero también necio, fatuo. El recorrido de un análisis, al ir bordeando en sus distintos momentos la difícil cuestión de la barradura del Otro en la dirección de su inconsistencia, quizás puede transformar ese enunciado insensato en algo fatuo y tonto.

Sara Rubin.

### Citas Bibliográficas

- 1.- Lacan, J.: El Seminario, XVIII, “De un discurso que no...” , clase del 10/3/1971 (inédito)
- 2.- Lacan, J.: “Función y Campo de la Palabra ...” , Escritos 1, pagina 227, Ed. Paidós, 1984.
- 3.- Lacan, J.: El Seminario, XXIII, “El Sinthome”, clase del 18/11./75, (inédito)

### Bibliografía General

- Freud, S: “Inhibición, Síntoma y Angustia”, O.C., Ed. Amorrortu, Tomo XX
- Miller, J.A.: Recorrido de Lacan, Ed. Manantial.
- Indart, J.C.: Clases de “La lógica de la cura”, E.O.L.,1994.(inédito)
- Brodsky, G.: Clases de “La razón de la interpretación”, E.O.L.,1994 (inédito)